



Desde Ulises hasta el capitán Ahab, los dioses Poseidón o Neptuno, la Antártida o los monstruos marinos, el mar, el océano desconocido, ha sido fuente de inspiración para la mitología, el arte y la literatura a lo largo de la historia. Los textos que se presentan en este libro son el resultado de una atrevida e ilustrativa iniciativa del Instituto Español de Oceanografía, que cumple cien años descubriendo la infinita ciencia que se atesora en las profundidades. Hay motivos para resaltar el centenario de cualquier institución española de ciencia, pero si además se trata de un organismo de nuestro sistema público de investigación, la satisfacción es doble. Como secretaria de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación y presidenta del IEO, es un gran acicate, además de un honor, celebrar el primer siglo de vida del IEO.

El 17 de abril de 1914 se aprobó la creación del IEO en un momento en el que muchos países ponían las bases institucionales de los sistemas académicos y de investigación. Cien años han pasado desde que Odón de Buen creara una institución que ha superado muchas vicisitudes y cambios estatutarios y que hoy en día es, según palabras del actual director, Eduardo Balguerías, «una apuesta de trabajo serio, riguroso y callado, dedicado a la generación del conocimiento científico y al servicio de la sociedad, valores que impregnaron a las distintas generaciones de hombres y mujeres excepcionales, vocacionales, generosos, entusiastas y emprendedores que dieron y dan lo mejor de sí mismos, convencidos de la importancia y de la necesidad de su trabajo».

Calificaba de atrevida esta iniciativa porque proponer a los lectores unos textos «del mar imaginado», tal y como señala el profesor José Manuel Losada en el prólogo, puede suponer un auténtico anatema si la propuesta procede de una institución científica cuya función es «el estudio de las condiciones físicas, químicas y biológicas de los mares». No obstante, todo oceanógrafo conoce que su objeto de conocimiento supera lo medible o cuantificable y que conforma una realidad que trasciende lo que denominamos ciencias puras, estando presente en la cultura, la antropología y el imaginario colectivo a través de las distintas artes y otras formas de producción intelectual.

Abordar el mar, esta es la propuesta que presenta el IEO. Un abordaje intelectual o científico contiene las mismas exigencias conceptuales en función del tipo de acercamiento y la elección de los medios técnicos disponibles, lo que, en términos de Thomas Kuhn, constituye el paradigma, definido en su obra *La estructura de las revoluciones científicas* (1970). Por eso se ha propuesto a distintos autores, seleccionados en virtud de varios criterios, que abordasen el mar desde su perspectiva, currículum, actividad intelectual y otras variables del mundo de la creación, para que nos den su visión del mar a veces tan encerrada y focalizada en la actividad científica, abordando el mar desde la metafísica, la epistemología, la mitología, el arte o la creación.

Al final se concluye que la actividad creativa o las aproximaciones intelectuales no son tan ajenas al mundo científico y que la separación entre ciencia y arte y reflexión, ciencias duras y blandas, es producto más de un intento



de separación artificial que real. A ello no es ajeno la historia y la iniciativa del fundador del IEO, que ya en su autobiografía señala la amistad y el magisterio reconocido de uno de los principales naturalistas de su tiempo, Ernst Haeckel (1834-1919), a quien admira por su *Obras de arte en la naturaleza*, o su relación con el artista Mariano Benlliure, que constituye la primera de las aportaciones contenidas en este libro.

Por último, quiero agradecer al IEO y a los participantes en esta obra colectiva por proponernos tan sugerentes textos. Honrar a los que nos precedieron en el IEO, expresar mis felicitaciones sinceras a los que están, a los que estamos, y desear perseverancia y ánimo a los que nos seguirán, a los que tendrán la tarea de llevar al IEO durante los próximos cien años.

Carmen Vela Olmo

PRÓLOGO

Los mitos del mar

Finales del siglo XIX y principios del XX: más que nunca, la investigación pasa a la primera línea de los intereses sociales e institucionales. A España le importa el mar, sus recursos económicos y sus costas. La Estación Marítima de Zoología y Botánica Experimental de Santander (fundada en 1886 por Augusto González de Linares), el Laboratorio Biológico Marino de Baleares y la Estación Biológica Marina de Málaga (fundados en 1906 y 1908 respectivamente por Odón de Buen) marcan los primeros puntos sobre los que va a tejerse el tapiz: en 1914 Odón de Buen funda el Instituto Español de Oceanografía (IEO), que aglutina y coordina todos los trabajos que se realizaban en estos centros y otros que se unirán posteriormente. Su función queda definida de manera palmaria en el Real Decreto: «el estudio de las condiciones físicas, químicas y biológicas de los mares que bañan nuestro territorio con sus aplicaciones a los problemas de la pesca». La declaración de objetivos no puede ser más clara: investigación del medio y producción económica. Con el paso del tiempo, el Instituto implementará otras prácticas acordes a las nuevas exigencias de los mares en el contexto nacional e internacional.

Parece que el océano acaba en la línea del horizonte; no es así. Con mayor motivo, el Instituto no puede limitarse al estudio frío, sin vida, del mar. De algún modo, el mar incluye los hombres que lo ven, lo surcan, lo temen o lo disfrutan. El mar y los seres vivos que lo pueblan no son ajenos a nosotros: son plantas que reaccionan a nuestro paso, peces que nos miran asombrados cuando invadimos su espacio. Sobre todo, el mar y su fauna originan en nosotros una infinidad de conceptos, ideas e imágenes que nutren nuestro espíritu y nos afectan poderosamente. Si el mar solo fuera para el hombre una fuente de producción económica, ni el mar sería mar ni el hombre sería hombre.



Este es el objeto del presente volumen: dar una cuenta de lo que el mar ha representado y representa para nosotros. De ahí el título del volumen: «abordajes» en sentido metafórico: encuentros entre barcos que transportan diversas mercancías, asaltos —por proa, popa, babor, estribor: toda acometida vale— para hacernos con lo más valioso que nos pueda aportar el mar. El mar convertido en escuela, en aprendizaje. Se trata de indagar en la otra vertiente del mar: no el mar cuantificado, sino el mar imaginado. A lo largo de los siglos las aguas han inspirado incontables construcciones mentales sobre sus corrientes y sus animales, sobre sus acantilados y sus profundidades. Ha surgido así una cultura del mar, distinta de la observada a través del microscopio, que este libro expone de manera condensada.

Sería un error considerar que esta cultura es inferior a la científica. Los avances de la humanidad nos han enseñado a sospechar de toda discriminación de civilizaciones, nos han ayudado a descentralizar nuestros puntos de vista, nos han guiado a una apertura mental inesperada en otros tiempos. Hablar de imaginación mítica no significa hablar de ficción ni de mentira. Es verdad que hay una primera dimensión del mito fundamentalmente ficticia, como cuando se habla de los «mitos» de una cura medicinal, las más de las veces aplicables a un efecto placebo. No encontrará aquí el lector ninguno de esos mitos. Ni tampoco los de una segunda dimensión del mito —las estrellas del cine, la canción o, en nuestro caso, las de la natación o el submarinismo—, productos más propios de la sociedad de masas que del mar.

Hay, sin embargo, una tercera dimensión mítica: la singular imaginación que el hombre desarrolla a partir del mar. Mucho más importante que la relativa a la tierra o el cielo, la imaginación que surge del mar merece un estudio. La historia muestra que el hombre no ha sido capaz, no ha querido, describir el mar de manera neutra, aséptica: la cartografía, la botánica y la zoología marinas, de una manera o de otra, se han resistido a la plasmación descarnada de lo material existente; han optado por añadir, junto a los datos científicos, los procesos de la imaginación humana. Porque han comprendido que la superficie y la profundidad marinas no son una extensión matemática: el pensamiento sobre el mar siempre ha incluido una vertiente imaginativa. Además, esta vertiente se abre de algún modo a la trascendencia (a otros mundos) y aparece contada en forma de relato. Y está bien que así sea: sin el mito, sin la imaginación que emana del acontecimiento misterioso en nuestra vida, el hombre no es más que un número, un punto en la inmensidad del océano. Esta tercera dimensión del mito contiene la extensión literaria de la que también da cuenta este volumen: las islas míticas, las sirenas, los viajes odiseicos y sus plasmaciones en las bellas artes.

La cuarta y última dimensión mítica del mar consiste en la metáfora marina. El mar inmenso es tan rico y variado que se presta a una innúmero cantidad de interpretaciones. Puede ser el texto, con sus balizas como las reglas de la gramática; puede ser también la historia humana, con sus olas enloquecidas como nuestras batallas; puede ser incluso la confusión de nuestra sociedad, con su



entrelazamiento de corrientes como las tendencias ideológicas; puede ser, en fin, la búsqueda de la justicia, con su trasiego infatigable como el tránsito de seres desde mundos desfavorecidos. La pluma, la fotografía, el cine y los artefactos detectan en el mar una imagen, apta más que ninguna otra para manifestar los reflejos de nuestra historia y nuestra sociedad, nuestras ilusiones y nuestros anhelos. El hombre no se queda en la costa, sino que se lanza al mar —líquido y espiritual— en busca de una explicación que trascienda las fáciles respuestas al uso. Este volumen también transcribe estos mitos marinos. Es, por tanto, una combinación de ciencia y mitología, muy lejos de cualquier simplismo, cientificista o mitómano, porque el hombre sin ciencia o sin mito no sería hombre: no vería en los océanos más que el líquido elemento.

La disposición de los artículos en el volumen sigue esta concepción de la ciencia y de la mitología. En primer lugar, se abordan los orígenes del Instituto Español de Oceanografía, seguidos de aportaciones sobre la ciencia fundacional del IEO, ya sea sobre cartografía o zoología. Después, se incluyen tres contribuciones sobre la pintura, la literatura y la semiótica: la primera, sobre la locura; la segunda y la tercera, sobre los peligros que encierra el mar, tanto para el marinero, como para el escritor y su texto. Cierran el volumen tres artículos marcadamente sociales que recurren a la metáfora mítica del mar: el primero reflexiona sobre el relativismo de sus perspectivas; el segundo, sobre sus utopías; el tercero, sobre sus tragedias. Pero veamos con algo más de detalle estas aportaciones, pese a los riesgos de la síntesis.

Evidentemente, debe abrir el volumen un artículo sobre el fundador del IEO. En «Mariano Benlliure y Odón de Buen: escultura y oceanografía», Lucrecia Enseñat lo presenta bajo una faceta intimista: su relación amistosa con el escultor Mariano Benlliure. Uno de los grandes logros de estas páginas consiste en entresacar, de los bustos y retrato-relieves del escultor —varios de ellos encargados gracias a Odón de Buen—, importantes motivos y mitos marinos.

«El océano desconocido: ciencia y fantasía en la antigua cartografía náutica (siglos XIII-XVIII)», de Francisco José González, es un artículo híbrido que combina un conocimiento (los modos de indicar rutas de navegación marina), un arte (su representación en cartas náuticas y atlas portulanos) y una fantasía (la existencia de monstruos marinos que pueblan los mares inmensos). Este artículo da cuenta de una evolución en el pensamiento humano a lo largo de seis siglos, desde la simbología tardomedieval hasta la cartografía científica.

Si el artículo anterior recapitula la historia de la representación de los mares, «Viaje al mundo submarino de la mano de los ilustradores científicos», de Juan Pérez de Rubin, se sumerge en las aguas para descubrir su fauna. Lo hace de la mano de los naturalistas europeos, entre los que cuentan con un papel importante los españoles. En este recorrido científico, desde principios del siglo XVI hasta nuestros días, aparecen realidades mezcladas con fantasías: en el mar siempre estarán los mitos.



Mariano H. de Ossorno, en «La nave de los locos. Viajar sin vuelta», propone una amplia digresión sobre la locura, apoyada por plumas imprescindibles. De fondo, una opinión general del Renacimiento: la vesania que suponía en tiempos renacentistas echarse al mar desconocido. De cerca, el libro de Sebastian Brant y la tabla del Bosco, que representan una curiosa barca «donde nada significa lo que es», porque ambas obras invitan a una reflexión profunda sobre las instituciones que nos rigen y el rumbo que tomamos en nuestra vida.

Quien firma este prólogo ahonda desde una perspectiva antropológica y literaria en el carácter simbólico del mar, donde espacio, tiempo y acontecimiento crean de manera irremisible un conflicto que se resuelve en modo de mito. En el mar, más que en la tierra y en el aire, el hombre toma conciencia de sus limitaciones. Así, «El mar: lugar mítico por excelencia» propone un viaje que abarca desde Ulises hasta el capitán Ahab de *Moby Dick*.

A la expedición odiseica remite también la contribución de Asunción López-Varela, titulada «Escila y Caribdis: mitologías, intermedialidades y otras metamorfosis artístico-científicas». Escila es un monstruo y nos habla por eso de la dimensión oculta e inaccesible desde la racionalidad. Ahí entronca su relación con el mito. Su combinación, en la tradición occidental, con Caribdis, abre para la semiótica un amplio campo de exploración sobre el mito y la representación del mar mediante la cartografía.

Osada es la mirada que Isabel Fornié adopta en «El desembarco de las sirenas»: ver a los hombres desde la perspectiva de Poseidón —que les reprocha su ridícula complacencia—, y ante estratagemas de las sirenas —seres más seductores por su silencio que por su voz—. Desde esa óptica, el hombre comprende la nadería de su hambre de consumo y la esencia de la vida.

Ana M. Gallinal, en «La Atlántida. El mito en la creación artística», más allá del escrutinio de las fuentes de esta tierra mítica, resalta su carácter de utopía como modelo de la sociedad actual, carente de referencias. El arte contemporáneo —más, si cabe, en sus instalaciones efímeras— muestra la crisis inherente a cualquier construcción: todo acaba por sucumbir, incluso la vida humana, porque el hombre mismo es un no-lugar.

Cierra el volumen la reflexión de Laura de la Colina sobre el mar como espacio de la mundialización. En «Metáforas marítimas en la era de la navegación global», el mar, más que la tierra, es el lugar de encuentro de los hombres de todos los pueblos: los desposeídos, las víctimas de la explotación de las superpotencias en sus aguas territoriales, los parias de la emigración en busca de otros mundos. El arte y la literatura no desaprovechan la ocasión para expresar, metafóricamente, la mitificación del mar y de sus habitantes.

Estas indagaciones sobre el hombre y el mar pretenden alertar sobre la importancia de nuestros océanos, sobre la riqueza que contienen y que debemos preservar. Asimismo, quieren ser un homenaje al trabajo del Instituto Español de Oceanografía, a su labor en servicio de la ciencia y de la investigación. Ponen de



**MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD**



relieve, en fin, que nuestro arte y nuestra literatura no serían posibles sin el mar.

José Manuel
Losada
Madrid, junio de 2014